

Clomro, el extraterrestre arrepentido

Por Alejandro Agostinelli

Un argentino extraterrestrestrizado organiza desde Internet una revolución social a escala planetaria y no es un moderno loco de la plaza. El comandante Clomro es más que eso. Es como un niño grande que se siente solo y necesita llamar la atención.

Medianoche, cerca del Café Iguana en el Barrio Antiguo de Monterrey, México. El Comandante termina de armar el telescopio con el que presentará una de sus clases públicas de Astronomía. Clomro, calla, escucha y se comporta como quien asegura ser: un auténtico alienígena argentino, nacido en La Plata en 1962. Allí recibió una formación humanística y cósmica. En 1983, se licenció en Ciencias de la Comunicación en la Universidad Católica de La Plata y, el mismo año, ingresó en un grupo contactista en formación, tiempo después registrado jurídicamente como Lineamiento Universal Superior (L.U.S.), liderado por el argentino Roberto Olivera y la brasileña Valentina de Andrade. El L.U.S es un culto que reivindica una enmarañada cosmología donde un Creador Universal ha sido suplantado por un Dios Usurpador que —asistido por una pérfida facción extraterrestre— controla el destino de la Tierra. Clomro se alejó del L.U.S en 1989. Desde 1995, lanzó en la Argentina —por radio, tele y, sobre todo, Internet— una peculiar insurrección contra “las interferencias extraterrestres que llevaron a este planeta al máximo desorden imaginable” para lograr que el poder “deje de estar en manos de unos pocos explotadores”. En el 2000 emigró a México. Le atraían

las bocanadas de rebeldía que destilaba la Revolución Zapatista, la ilusión de que los aztecas iban a ser receptivos a su causa y la posibilidad de concretar su romance virtual con Keyla, una psicóloga de Aguascalientes. Intercambiaron varios mails hasta que ella le confió su historia de otro mundo. Eran pares: Keyla recordaba haber vivido en las Pléyades, un cúmulo estelar de la constelación de Tauro. La mujer, convencida de que habían llegado juntos a la Tierra, adonde habían sido exiliados por rebeldes, atrajo a Clomro por su disposición para contribuir con la causa “libre rebelde”.

Los que pasean por Barrio Antiguo y lo ven, ignoran que Clomro conoció un estrellato fugaz pero persistente. “Mi imagen suele ser reciclada por programas de televisión que repiten mi aparición como ejemplo de la falta de seriedad en la era de los talk show, cuando saturaban la pantalla inventando personajes para compensar la falta de ideas. Había una diferencia: yo no era invento de nadie. En todo caso, me había inventado a mí mismo”, explica. Su primera aparición fue el 24 de junio del 1997 en Frente a frente, un programa de América, da propósito del cincuenta aniversario del primer avistamiento de un plato volador. Llegó con su rostro encapuchado en un

pasamontañas verde oliva y su cuerpo enfundado en un traje de fajina, regalo de un ex combatiente de Malvinas. Conozco los entreteles porque a ese ciclo lo invité yo.

—¿Por qué el pasamontañas? ¿De qué te ocultás?

—La sociedad es prejuiciosa, nadie sabe cómo vas a ser tratado hoy si ayer dijiste ante tres millones de personas que eras extraterrestre.

Me pareció razonable. Además, la capucha escondía un enigma mó dico: su cara es la de un perfecto desconocido. Como productor, no quise que el estudio se convirtiera en el clásico ring entre creyentes y refutadores. Se me ocurrió más instructivo ver interactuar contactados, ufólogos y escépticos con un encapuchado que aseguraba ser extraterrestre. El tono no debía ser académico. Por eso invité al músico y clown Pipo Cipolatti. Nadie mejor que él para que le preguntara de qué planeta venía. “No vengo de muy lejos, en lo inmediato —le contestó Clomro—. En un origen todos venimos de muy lejos”.

Ahora bien, ¿quién era Clomro? ¿Un aliucinado? ¿Un mitómano? ¿Un Superman criollo? Si lo suyo era pura actuación, se había tomado a su personaje en serio. Sus palabras resonaron en alguna parte. Al otro día, todo el mundo hablaba del alienígena argentino. Despertó sonrisas, enojos y ternura. A mí me conmovió. Tal vez, porque no existe causa más perdida que la de un guerrillero solitario y anónimo luchando por una causa de otro mundo.

En agosto de 1991 resumí la historia

del L.U.S. en el diario Página/12. El grupo había vaticinado varias veces el fin del mundo y sus fieles iban a ser rescatados por un ovni. En el libro La verdad sobre Dios, su líder, Valentina de Andrade, aconsejaba “cuidarse” de los niños nacidos desde 1981. “Ellos son instrumentos inconscientes de la gran farsa denominada Dios y sus nefastos colaboradores”, escribió. Por entonces, el L.U.S era un culto casi desconocido y me interesaba entrar en contacto con personas que conocieran la vida secreta del grupo. Fue en la cafetería que está frente a la redacción de Página/12 donde entrevisté por primera vez a Clomro. Me dijo que, en 1986, durante una reunión interna, sintió una violenta descarga de energía en la cabeza. “¡Fui yo quien le pegó! ¡Levántese!”, le gritó Valentina. Luego le lanzó una acusación terrible: —¡Vocé me traicionó, vocé é tinieblas! Fue entonces cuando “el que estaba en este cuerpo comenzó a salir. Ahí entré yo, desde la cabeza a los pies, y recibí la información de la persona que estaba acá. Se habló de transferencia de memoria”. Así, Clomro se quedó con cuerpo y recuerdos del desencarnado. “Después me dí cuenta de que estaba en el bando equivocado. Deserté y pasé a ser un fugitivo de las fuerzas de la oscuridad que gobiernan este mundo”. Con infinito tacto le pregunté si nunca había contemplado la opción de que se le hubiesen volado algunos pájaros de la cabeza.

—Una vez aquí, y con amnesia cósmica, todo parece normal, pero el manicomio planetario vuelve loco a cualquiera —desdramatizó.